

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ÉSTE parece ser un tema prometedor, pues la cuestión de fondo sigue insoluble y el hispanohablante, pese a lo escrito por Amado Alonso, a los densos y documentados estudios de Emilio Nández, W.

Beinhauer, F. González Ollé, S. Fernández Ramírez, A. Gooch y otros, sigue, aferrado a la idea implícita en el origen de la palabra (minus, disminuir, diminuto). Merece la pena recordar, que los sufijos afectivos del español —lámense diminutivos, aumentativos o peyorativos— constituyen, por su variedad y cantidad, uno de los rasgos más característicos de nuestro idioma, pero que su uso actual no responde al adjetivo que los califica. Piénsese, sin ir más lejos, si en la frase «Pepita tiene un tipazo», o en las palabras «padrazo» o «vistazo» hemos de tomar el sufijo «azo» como aumentativo, despectivo o expresión de un golpe, o si en el caso de los sufijos «ote», «otav» (faltan en el DRAE) la intención expresiva es equivalente en «cascote», «palabrota», «diberalote» o «palote». Eximimos al lector del esfuerzo de indagar la diferencia en dimensiones temporales entre los dos «añitos» del último vástago de los López y los quince «añazos» del gamberrote Pacorro. Otras lenguas, como el italiano, han incitado a más de un lingüista a hacer generalizaciones que al hispanohablante se le antojan exageradas. Así, por ejemplo, el profesor suizo Von Wartburg, en los años treinta, ya destacaba la riqueza de derivados de «ragazzo» en italiano, pero Dámaso Alonso, en nota a la versión española de su libro «Problemas y métodos de la lingüística» enumeraba más de cuarenta derivados de «chico» en español, en los que sufijos tradicionalmente considerados de diminutivo se combinaban con otros refuerzos o con sufijos clasificados como aumentativos, por ejemplo «chicote», «chiquillazo», «chiquilicuatro», «requitechiquirritico», «chiquirribujo». Prueba de la peculiaridad española es el abandono de todo intento de traducción cuando en la versión inglesa de «Platero y yo» el traductor opta por dejar en español las variantes del nombre usadas por Juan Ramón: «Platero», «Platerón», «Platerillo», «Platerete», «Platerucho». El alemán aprovecha sus dos sufijos disponibles («chen» y «lein»), otros como «li», son dialectales) y ofrece «Platerochen», «Platerolein»; el francés juega con la adjectivación antepuesta y la reduplicación: «Mon gros Platero!», «Mon petit Platero», «Mon tout petit Platero!», «Mon tout petit, petit Platero!». Sólo el italiano ofrece las cinco equivalencias aceptables del español: «Platero!», «Platerone!», «Platerino!», «Plateretto!», «Plateruccio!».

A. Alonso recuerda que en el latín de Plauto, según recuentos de F. Conrad, «de 309 diminutivos... en ninguno de ellos es obligatorio suponer una significación empujadora... No, el diminutivo nada tiene que ver con lo grande o lo pequeño». Fácil es aceptar afirmación tan insólita, pensando que una «tortilla» no es una torta pequeña, ni «vainilla» una vaina pequeña (latín «vagina»), pero es indudable que para la mayoría de los hispanohablantes «cursillo», «plazuela», «mesilla», «casita», «librito», etcétera si son variantes, en pequeño, de «curso», «plaza», «mesa», «casa», «libro», etcétera, es decir diminutivos en el sentido tradicional.

No queda claro, en cambio, que ocurra lo mismo con «meseta», «cerilla», «serrín», «Zarzuela», «toquilla», «tableta», «pañuelo»,

«DIMINUTIVOS» EN DECLIVE... ¿O EN RELEVO? (I)

«calderilla», «horquilla», «marica», «manzanilla», que difícilmente se sentirán como diminutivos de «mesa», «cera», «sierra», «zarza», «toca», «tabla», «paño», «caldera», «horca», «Maria» y «manzana».

El ejemplo de «Platero y yo» ilustra bien, a mi juicio, la situación de las lenguas europeas próximas. El italiano exhibe de sobra la riqueza expresiva señalada por Wartburg; el alemán la vigencia y productividad de dos sufijos germánicos perdidos en inglés —uno, neerlandés— «ken», lo tenemos disfrazado en español «maniquí» hombrerito. Merece la pena recordar aquí la anécdota de Camba para resolver el engorroso problema del género gramatical en alemán, donde el sol es femenino y la luna masculina. La solución sería, según el humorista gallego, usar todas las palabras en diminutivo, que siendo neutro, no ofrecería dificultades; el inglés conserva algún resto del sufijo germánico: «lambkin» corderito, pero ha adoptado como propio el sufijo «let», primero en voces de origen francés, como «gauntlet» guantelete, «bracelet» pulsera, luego extendido a las de origen anglosajón: «booklet», «leaflet», «piglet». Tal vez esta insuficiencia explique la notable aceptación de diminutivos españoles en inglés, como «flotilla», «vanilla», «peccadillo», «chinchilla», «quesadilla», «camarilla», «mosquito», «tortilla», «mantilla», casi todos, por supuesto, faltos de motivación, sin valor de diminutivo.

Cuando se trata de adjetivos, el uso de sufijos diminutivos admite variadas interpretaciones y explicaciones, a veces muy sutiles: no es lo mismo decir «estoy cansadito» que «estoy cansadillo», como, con otros ejemplos, ya apunta A. Alonso, con cita veneciana de 1565: «questi in "ico" et "ito" sempre si dicono per modo de carezze e quelli altri in "illo" si dicono per via di diminuire quella cosa...» Piénsese hoy en el componente emocional de las variantes «dificillito», «apuradillo», «viejecillo», frente a sus equivalentes en «ito».

Pero lo que a los no hispanohablantes les causa, a la hora de traducir, mayores quebraderos de cabeza son nuestros «diminutivos», no de cosas o cualidades, sino de palabras que solemos llamar «funcionales» en gramática y que

difícilmente se pueden concebir en dimensiones cualificables o cuantificables. Entran en esta categoría lo mismo gerundios («andandito»), que adverbios («ahorita»), «mismito», «deprisita»), despedidas («adiosito») indefini-

dos («todito», «alguito», «tantito», «cuantito»). Tal vez el ejemplo más pintoresco de esta transmutación de funciones sea el neologismo usado en México por el novelista Azuela para designar a los descendientes de una familia de doce hijos, llamando «despuesitos» a los seis nacidos después del exilio del padre.

Haría falta, como ya postulaba A. Alonso en 1950 (antes en 1930), «un estudio de conjunto sobre nuestros diminutivos... habría que determinar su varia historia y geografía... estudiarlos como formando sistema no sólo con otros de valor aumentativo, «ote», «on», «azo», etcétera, sino con otros que... colaboran... en la expresión de nuestra afectividad...» De hecho el desideratum del gran filólogo navarro se ha cumplido con creces, aunque no con todas sus estipulaciones, como lo prueban las obras de los investigadores citados. Lo que no se podía prever hace medio siglo y lo estamos observando en las postrimerías del XX es que la interacción de todos los recursos disponibles en el plano descriptivo y afectivo había de provocar una resurrección de elementos compositivos de origen griego y latino —prefijos y sufijos— que iban a precisar los contornos —ahora se dice perfiles— de lo pequeño, lo malo y lo grande. Si en Madrid se dijo «microbús o minibús», en Colombia se optó por el más castizo «buseta», reforzado también con prefijo: «minibuseta», en evidente «pleonasm», unión de los dos sistemas y que aparece también en «microlentillas» (no «microlenticulas» ni «microlentejas»). Al lado de «micro» se desarrolló «macro», ambos insustituibles por sus «equivalentes» en «ito», «azo», «ón» (pruébese a sustituir «microsurco» o «macroeconomía»). Algunas de esas formas son claros calcos del inglés pero también son muchas ya las de creación hispánica moderna. M. Alvar Ezquerro registra en su «Diccionario de uso actual (DVUA)» más de cuarenta formaciones no recogidas en el DRAE-92. De «mini» podría decirse lo mismo, pues la Academia sólo recoge «minifalda» y «minifundio» y dos derivados de éste; en cambio se documentan más de cincuenta en el DVUA. Después de lo dicho sobre los «diminutivos» ingleses no es de extrañar que una gran parte de estas formaciones con «micro» y «mini» estén inspiradas, como calcos, en las equivalentes inglesas, creadas oportunamente para remediar carencias del propio sistema. No han tenido igual suerte los sufijos diminutivos modernos latinizantes en «ulus» («aurícula», «cápsula», «película», «óvulo», «glóbulo», «grupúsculo», del francés) sentidos como cultos; las formas tradicionales se esconden en el sufijo «ejo», «eja» («oreja», «lenteja», «abeja», «conejo», etcétera) que pocos conciben ni aprovechan como diminutivos, salvo en variantes regionales o expansiones léxicas de «color local» (García Pavón: «familleja», «viñeja», «barbeja», «cuartillejos»). No es tan complejo el caso de los aumentativos, al que hemos aludido ya. También en él se advierten indicios de relevo por prefijos. Lo comentaremos en página aparte.

Emilio LORENZO
de la Real Academia Española

GUCCI
nos complace presentarles
nuestra nueva colección
otoño-invierno 1998

Don Ramón de la Cruz, 2, Madrid
Tel. 91 431 17 17